

**IV ENCUENTRO LATINOAMERICANO
DE METODOLOGÍA DE LAS CIENCIAS SOCIALES
(ELMECS)**

Mesa 13: Problemas metodológicos en áreas de investigación específicas: Migraciones / Desplazamientos

Título de la ponencia: “*La observación de la movilidad en México: Tres problemas metodológicos en los estudios migratorios*”

Dr. Philippe Schaffhauser Mizzi
schaffhauser@colmich.edu.mx

Las migraciones no son una hipóstasis o sea un ser de carne y hueso. Y sin embargo la narrativa de las ciencias sociales sobre el tema imputa a las migraciones una capacidad de agencia que se ve reflejada en el uso de verbos de acción para asignarles atributos e identificar sus características: “*Las migraciones producen...* o bien *las migraciones causan...*; “*las migraciones son...*” o bien “*la migración internacional, en general, ha permitido un mayor poder adquisitivo*” (Fernández Guzmán, 2011: 4)... “*las migraciones dificultan, degradan, afianzan, mejoran, etc., la vida local*”; u otro ejemplo más sonado y prominente: “*Las migraciones han sido el canal de formación de nuevas etnias y naciones, así como el instrumento de la expansión del comercio y de las conquistas y dominaciones, a la vez que han servido para el enriquecimiento cultural y las nuevas adquisiciones tecnológicas.*” (Alba, Castillo y Verduzco, 2010: 11). El problema empieza a nivel lingüística con una confusión entre tener las migraciones por el producto de las acciones orientadas de los hombres hacia intereses divergentes y de acuerdo a valores distintos y considerarlas como la causa de procesos sociales que afectan directamente la vida de los hombres en sociedad.

De ahí de que todos o por lo menos muchos migrólogos¹ terminamos por preguntarnos lo mismo: ¿de qué somos especialistas? De migraciones a secas o de migraciones en equis perspectiva sociológica, psicológica, demográfica, económica, geográfica o antropológica; o bien ¿seremos, acaso, estudiosos de problemas de movilidad, circulación y

¹ O será que seamos “migrantólogos” como lo sugiere Leticia Calderón. Véase <http://www.migrantologos.mx/>

desplazamientos consensuados o forzados de poblaciones? Es decir existen las migraciones (en plural por la diversidad de sus formas, funcionamiento y finalidades) en tanto que objeto de estudio o como indicador permitiendo el acceso a un objeto teórico tal como el trabajo internacional (y la explotación e in-dignificación que marcan el deterioro moral de sus condiciones de realización hoy), el género ante la movilidad laboral, el transnacionalismo, etc. Todo comienza entonces con el doble problema que consiste en determinar si existe un campo de conocimiento específico llamado Estudios Migratorios, dotado, desde luego, de un objeto de estudio propio y metodológicamente aislable. El segundo se desprende del anterior y tiene que ver con la semántica que se usa para dar cuenta a nivel nacional tanto como internacional del desplazamiento de sujetos culturales de un espacio de vida hacia otro. En otras palabras, el vocablo “migraciones” es un concepto altamente connotado. Su significado y uso indican influencias múltiples que proceden de distintas esferas sociales y culturales: política, activismo, trabajo social, institucional, periodismo y... ciencias sociales. A veces el recurrir al juego de lenguaje de la migración provoca ambigüedad, confusiones y por decirlo de manera escueta, cacofonía. El bullicio procede del encuentro entre considerar la migración como un hecho o bien como un valor, un dato frío o la expresión de un deseo colectivo que tiene que ver con la idea liberal (en el sentido decimonónico de lo pudo ser el liberalismo) de la libre circulación de las personas al igual que los bienes manufacturados.

De ahí surge un problema apremiante de definición. O mejor dicho, si en realidad existe algo como una esencia de las migraciones que podamos los investigadores identificar y nos permita acotar nuestro objeto de estudio y, por lo tanto, construir un lenguaje autónomo y distinto de las jergas sociales y culturales con las que se suele hablar de “migraciones”. Tal vez la solución sea cambiar la pregunta por otra y consiste en decir que si bien es imposible plantear una definición definitiva (valga la redundancia) de lo que son las migraciones (o “deberían ser” las migraciones) valdría la pena explorar la idea de plantear definiciones ad hoc, es decir empíricas que si bien nos librarían a los estudiosos del tema de las controversias y polémicas teóricas, nos impediría la posibilidad de rebasar las fronteras de nuestros estudios de caso, lo cual hablando de “migraciones” sería un tanto paradójico, y nos marginaría de toda participación en un debate teórica que, dicho sea de paso, caracteriza y afianza el valor científico de toda investigación. Este problema no es tal para muchos migrólogos (o migrantólogos según Leticia Calderón) quienes consideran la discusión en torno a él es bizantina y sobante, ya que sus investigaciones están cobijadas

por el positivismo de facto de su disciplina de adscripción: demografía, sociología, antropología, geografía, economía, psicología, historia, etc. Si bien todo lo anterior se puede observar con holgura en México, dichos problemas de interpretación y construcción del objeto de estudio “migraciones” no son propios de ese país.

Partiendo de la ingenua premisa que consiste en preguntarse qué es lo que uno busca y si lo que busca existe en la realidad o su cabeza, quiero aquí plantear tres problemas que atañen al incipiente campo de los estudios migratorios: 1) siendo intrínsecamente un asunto de circulación, movilidad y desplazamiento de un punto geográfico a otro, las migraciones plantean al investigador un reto metodológico que es su observación multi-situada, desde los lugares de origen, tránsito y destino; 2) el tránsito y/o la separación entre hecho y valor en los estudios de las migraciones; y 3) las migraciones como procesos consecuenciales o sea las migraciones como “efecto teórico esperado o no”, a través de la situación de los braceros mexicanos alzados contra las autoridades mexicanas que les niegan el pago de su fondo de retiro campesino.

Frente a ello la tarea es inmensa y confieso no sentirme capaz y tener todas las habilidades requeridas para enfrentar este reto. Por ende, limitaré mi reflexión para el primero problema en sacar provecho de un ejemplo clásico por no decir paradigmática de la investigación antropológica multi-situada en los estudios migratorios que es *El campesino polaco* (1920) de Thomas y Znaniecki, además de echar mano de las reflexiones y propuesta de George Marcus, desde *Writing Culture* (1986) y el surgimiento de la antropología postmoderna, acerca de la observación multi-situada y la etnografía experimental.

Por una etnografía de las migraciones

En las tradiciones pedagógicas para la formación de investigadores en ciencias sociales se comenta enfáticamente que un problema de investigación empieza con la delimitación del objeto de estudio como evidencia de un espíritu científico y positivista. Esta delimitación si bien es de orden conceptual y teórico tiene también una dimensión empírica que cabe dentro de la noción metodológica de monografía. El objeto de estudio queda circunscrito empíricamente hablando en los límites de una comunidad, de un barrio, de un lote habitacional o de una institución totalitaria como lo hace Erving Goffman en su estudio

sobre “Los internados”. Sin embargo esta disposición virtuosa por evitar riesgos de dilución del objeto de estudio en un universo empírico más amplio y recalca el valor del efecto lupa para enfocar la realidad tiene también ciertas limitantes y riesgo. Éstas tienen que ver con la implementación de metodologías cualitativas teniendo como centro de gravedad la observación-participante y basada en la experiencia antropológica que depara el campo terrenal de estudio e imposibilita o torna hartamente complicada toda aspiración teórica a la generalización a partir de un estudio de caso o una monografía. Dichas metodologías participan de una contextualización del objeto de estudio. Desvelan sus formas deícticas al poner nombre y apellido a cada uno de los elementos planteados en la problemática de estudio. Lo que vi, miré, vislumbré, percibí, observé, sentí, toqué, escuché, olfateé, platiqué, interactué con los nativos vale únicamente dentro de los límites de mi observación-participante. Por otro lado, se pierde, a veces, de vista que el objeto teórico de estudio, por ejemplo la etnicidad o la tradición oral, no es reducible a los límites de su observación empírica que constituyen en sí un sesgo metodológico, es decir un muestra, más o menos representativa, de la realidad. El problema se torna más denso y espeso cuando el objeto de estudio implica el factor desplazamiento y cuando su observación implica ampliar el horizonte de observación o requiere la movilidad del observador. He ahí un problema arduo, ya que a menudo observar ha significado el estar sentado (o parado) en un silla real o imaginaria. Observación antropológica ha rimado con inmovilidad. La observación, a menudo, sigue requiriendo hoy en día de una perspectiva que, técnicamente hablando, es un punto fijo dentro del cuadro etnográfico. Este estado de sosiego metodológico se rompe cuando estamos hablando de migraciones, porque sabemos de antemano que de mantener un puesto de observación fijo, en el lugar de origen o de destino, la mayor parte del fenómeno migratorio siempre quedará en la sombra con respecto a su representación empírica por parte del antropólogo o del sociólogo.

A estas alturas de la discusión se me ocurre mencionar dos fuentes para ir trazando los lineamientos metodológicos para una investigación sobre migraciones que tome en cuanto la movilidad en tanto que su mayor característica, sobre todo cuando éstas son de índole internacional y se incrementan las distancias entre puntos de partida y llegada. La primera forma parte de un debate que alimentó el surgimiento de la antropología posmoderna y se centra en el texto de George Marcus acerca de la etnografía multisituada (1998) considerada como una suerte de etnografía experimental; la segunda alude al trabajo pionero y emblemático de William I. Thomas asistido por el investigador polaco Florian

Znaniecki y plasmado en el libro “*El campesino polaco*” (1918-1920) ya que, además de ser el primer trabajo empírico de cierta envergadura y fundante para la sociología norteamericana², equiparable a la suerte que corrió el *Suicidio* (1897) de Emilio Durkheim para la tradición sociológica francesa, plantea una suerte de monografía multisituada, *avant la lettre*, al estudiar la situación del campesinado polaco en Polonia y su encuentro con la sociedad norteamericana ejemplificada por la boyante, abigarrada y bulliciosa ciudad de Chicago, a principios del siglo XX.

Es importante señalar de entrada que la idea de “etnografía multisituada” forma parte de una discusión acaecida en la década de los ochentas del siglo pasado sobre el estatus del trabajo de campo dentro del quehacer antropológico en el sentido de que si era (o es aún) posible prescindir de aquel para reivindicar la calidad antropológica de una investigación. Sin embargo la multisituación no una idea totalmente nueva y deriva en parte de las recomendaciones de Marcel Mauss (1926) acerca de la etnografía y la doble necesidad de contar con varios puntos de observación para dar cuenta de la dinámica de un evento estudiado como la realización de una fiesta, ceremonia o ritual y el imperativo de tener en él una forma de participación o involucramiento. Pero hay algo nuevo o distinto en lo que plantea Marcus que tiene que ver con la globalización del mundo entendida ésta como un desbordamiento de todos los centros, una suerte de meta-etnocentrismo, donde una postura cultural no está más situada en un territorio delimitado natural e históricamente hablando sino se encuentra atrapada en el movimiento mismo de los portadores de esa postura. Bajo esta premisa la globalización y sus efectos transnacionales no son sino el entrecruce de itinerarios culturales que los migrantes individual y colectivamente ejemplifican a lo sumo, a través de sus proyectos y experiencias.

Otra referencia que viene a colación para enriquecer esta discusión tiene que ver con la sociología fenomenológica de Alfred Schütz (1974 y 1987), la cual ha inspirado en gran medida el surgimiento, años más tarde, de la etnometodología liderada por Harold Garfinkel y Arón Cicourel y con el asunto de la descripción en tanto que actividad cardinal de las ciencias en general y de las ciencias sociales en particular, sobre todo cuando éstas tienen la pretensión de enmarcar su quehacer en un paradigma comprensivo y cualitativo para la producción de conocimiento en relación con la realidad social. Schütz acuña el

² Se podría decir lo mismo de la obra del sociólogo afro-americano W.E.B. DuBois *Philadelphia negro: a social study* (1899).

concepto altamente heurístico de reciprocidad de perspectivas que se suma a los de “almacén de conocimiento social”, tipicalidad y superposición del conocimiento sociológica con respecto al que deriva del sentido común. Dentro de este andamiaje fenomenológica que insiste, además, en las ideas de experiencia e intencionalidad, la reciprocidad de perspectivas cobra un papel importante porque significa que el observador es copartícipe de una situación donde hay otros observadores quienes desde su ventana, silla o sitio miran e interpretan la misma realidad contextualizada y sin embargo observan cosas que pueden ser distintas en menor o sumo grado. De ahí la idea que la realidad situada tiene varias facetas y aristas. Para sobreponer el problema de la relativización de los puntos de vista prisioneros de su perspectiva, Schütz alega que el instrumento cardinal que es el lenguaje por su carácter público nos permite acceder al mundo visto desde otro lugar y no tanto a la interioridad psicológica. La función simbólica y generalizante del lenguaje permite a cada observador tener la posibilidad de ponerse en el sitio de otro observador y ver lo que él ve desde su perspectiva. Se trata de una suerte de beneficio de la duda descriptivo. Este elemento es fundamental para reconstruir el sentido de una situación y establecer los criterios de una interpretación apropiada sobre lo acontecido. Significa que, a pesar de la variedad de representaciones de una misma realidad situada desde distintos puntos de vista, existe una convergencia entre ellos que desemboca en una idea, opinión y representación común acerca de la definición y sentido de la situación. En ello encontramos, también el concepto de “definición de la situación” propuesto por William Isaac Thomas (2005).

Ahora bien ¿en qué esta jerga puede tener implicaciones para la metodología de los estudios migratorios? La respuesta a esta pregunta de cajón parte de una evidencia metodológica: si bien es cierto que cuando se observa una situación social en tanto que realidad espacial y temporalmente fija, como por ejemplo las interacciones en un mercado (tianguis) o lo que sucede en un partido de fútbol tanto en la cancha como en las gradas, existen, desde luego varios puntos de vista que derivan de los múltiples sitios que permiten la observación parcial es decir situada de lo sucedido, con mayor razón es importante tener en cuenta esta variabilidad de los puntos de vista y consecuentemente la dificultad de tener una visión general de antemano cuando se trata formas de movilidad espacial como son las migraciones. Primeramente importa distinguir distintas formas de movilidad entre sí como el viaje turístico con respecto a una migración económica, porque en el primer caso y en general incide de otra manera el propio viaje del turista cuando se traslada de su lugar de

residencia a su lugar de esparcimiento. El traslado parece ser en sí menos importante cuando, por el contrario, cobra suma relevancia para el caso del viaje que emprende el migrante para llegar a su destino. No huelga decir que el turista no es emigrante, ni tampoco viajero, solo efectúa un desplazamiento. Su viaje es funcional.

Pensado así el problema de las migraciones requiere otro enfoque, otra manera de abordarlo privilegiando la idea de movimiento y por tanto el estudio de las trayectorias migratorias directamente mediante la observación multisituada de un tipo de migración en un tipo de lugar de origen y un tipo de lugar de destino, con distintos puntos intermedios de cruces y estadías. Para ello, puede ser útil y en ocasiones indispensable la participación de un equipo que se divida el trabajo etnográfico y ocupe los distintos puntos de observación. Su grado de cercanía cultural y emocional puede ser por ejemplo un factor para determinar su colocación en una posición metodológicamente apropiada. E incluso se puede proceder a intercambiar las posiciones para privilegiar, contrario al argumento, un nivel de extrañeza mayor con respecto a las situaciones culturales donde el evento migratorio se propicia, con tal de completar el material etnográfico resultado de una primera observación hecha a través de una mirada cercana (o “familiar”). Se antoja así instrumentar una investigación sobre el mercado laboral migratorio enfocada a una comunidad indígena de México para dar cuenta de los contextos culturales de origen y de destino y tener en cuenta las distintas etapas y eventos que alimentan la existencia de este proceso social y económico y donde prácticamente todos los personajes involucrados en él aparecen en el escenario por la razón de que los límites de éste han sido metodológicamente ensanchados. También el estudio de las trayectorias migratorias implicaría la aplicación de entrevistas que permitan indirectamente reconstruir a posterior el orden de las razones que han conducido o que explican e interpretan la dirección del camino recorrido. Este tipo de material discursivo o expresado en juego de variables mediante la implementación de cuestionarios cuya virtud es clasificar y ordenar representaciones y prácticas sociales es un complemento indispensable para la observación - valga la redundancia - de la migración en movimiento.

Lo anterior implica considerar primero las migraciones como un fenómeno geográfico y luego como un fenómeno sociológico, económico y antropológico. Esta concepción implica metodológicamente que todo otro tipo de enfoque sitúa la investigación en otro renglón teórico, esto es, los efectos, las consecuencias, el impacto y el costo de las migraciones en una localidad o región determinada como resultado que tan solo

corresponde a la parte emergida del iceberg que son las migraciones, lo que corresponde a un sesgo o un reduccionismo de la migración a uno de sus múltiples aspectos. Es precisamente lo que caracteriza el programa de la ecología urbana implementado por la (mal) llamada escuela de Chicago entre 1915 y 1935. Se enfoca en la observación de las inmigraciones internacionales, mexicanas, polacas, asiáticas, judías, etc. Dicho programa desprende su problemática del *Campesino polaco en Europa y en Estados Unidos*, ya que investigadores como Park, Burgess, Faris, Sutherland, Shaw, Trasher, Wirth, entre otros enfatizan las migraciones como un doble proceso de desorganización social experimentado tanto por los migrantes como por “los autóctonos” a través de las interacciones entre ambos grupos y de transformación y adaptación de las conductas a un nuevo entorno como resultado de las mismas. Significa que se parte de la idea normativa según la cual las migraciones, es decir la acción agregada y concertada con otra de cada migrante es fuente de desorden por el sencillo hecho que implica un cambio de entorno y una puesta en tela de juicio de los hábitos culturales de que es portador el migrante en tanto que sujeto cultural inicialmente situado (los migrantes proceden todos, a grandes rasgos, de una cultura o un ámbito cultural determinado). Es así que se puede leer e interpretar la obra de Everett C. Hughes, quien es considerado uno de los herederos de la primera Escuela de Chicago, que escribe junto a su esposa Helen MacGill Hughes y cuyo título es *When peoples meet: racial and ethnic frontiers* (1952).

Asimismo es interesante ver que las monografías de la Escuela de Chicago no son propiamente hablando estudios migratorios sino más bien contribuciones a una antropología urbana donde las migraciones son una de las tantas variables presente en el terreno de observación. De ahí la idea de construir en términos teórico-metodológicos una escala que permita determinar si la migración es el objeto de estudio y por mi parte tiendo a pensar que lo es siempre y cuando se trabaja de lado a lado trayectorias migratorias o bien si es una variable correlacionada con otras para explicar o comprender por ejemplo los procesos de integración de extranjeros a una suerte de (opaco) conjunto nacional, como lo son los Estados Unidos, a través de un *hic et nunc* laboral, residencial y emocional. Me parece que entre uno y otro nivel, si bien hay un rango de matices que corresponde a nuestra capacidad de problematizar la existencia de gente y personas en sociedad permite al menos caer en el relativismo metodológico de que todo es migración y por tanto hay cientos y miles de manera de estudiarla, válida cada una de ellas.

Lo que ha caracterizado el estudio de las migraciones, desde tal vez el trabajo positivista y fundante de Ravenstein (1885 y 1889) es la sempiterna dificultad para generalizar su objeto de investigación. Es por ello que a diferencia la sociología del trabajo, de la salud o de la educación no existe del todo una sociología de las migraciones. Aparece como una subdisciplina sociológica incompleta no porque su quehacer es más reciente y está por completarse sino porque la representación de su objeto es a veces opaca, a menudo borrosa, en ocasiones porosa por dejar entrar otros enfoques que pertenecen a otras disciplinas y otros discursos políticos, periodísticos y económicos. No significa que el estudio de las migraciones por parte de la ciencia sociológica sea imposible sino que requiere mayor vigilancia metodológica. La ausencia de una teoría general de las migraciones, a pesar de los esfuerzos tempranos y meritorios de Ravenstein³, ha implicado una parcialización por no decir una atomización de los estudios migratorios, convirtiendo las migraciones en el receptáculo para todas las problemáticas candentes, actuales o en boga. Se han vuelto un fenómeno metodológico total sin teoría unificadora. Es por ello que, a menudo, el estudio de las migraciones pende más del lado empírico de su exploración que del lado teórico de su reflexión. La ausencia de una teoría general de las migraciones, pues solo contamos a la fecha con aproximaciones teóricas o hipótesis que generan más expectativas que datos y verificaciones, tal vez tenga que ver con la ausencia de un valor social claramente identificado y que se pueda atribuir al fenómeno migratorio. En efecto educar, trabajar, curar son valores sociales y culturales, migrar es menos evidente afirmar tal cosa. Este tema es precisamente lo que se discute en el siguiente apartado.

Hecho y valor en el estudio de las migraciones

Empezaremos con una premisa. Hoy en día migrar no es un derecho, sino a menudo es una obligación y de vez en vez una elección, es decir una determinación y/o una decisión independientes de las condiciones y normas políticas que organizan y rigen la circulación de las personas entre distintos países. He ahí un elemento sobresaliente: las migraciones son si bien un hecho social son también un valor en ciernes. Entre ambos calificativos hay un desfase que se refleja en las investigaciones sobre migraciones: el positivismo que

³ Los cuales han podido influir y determinar el propósito y la orientación de la monumental monografía realizada por el investigador social Charles Booth sobre el lumpenproletariado londinense, a principios del siglo XX. El trabajo de Booth, además de ser una fuente interesante para una historia de las metodologías en ciencias sociales, es una contribución evidente a la sociología urbana. Ver *Life and Labour of the People in London*, 17 vols. 1902-1903.

acompaña los procedimientos metodológicos por un lado y el horizonte emancipatorio y el interés científico que derivan de la producción de conocimiento (Habermas, 1986) sobre este campo socio-antropológico por otro son los límites entre los cuales se investigan las migraciones desde siempre.

En este sentido, la sociología crítica de Pierre Bourdieu, enfocada en la teoría de los campos sociales, constituye una buena entrada para construir una sociología crítica de los estudios migratorios. Para ello podemos plantear la siguiente hipótesis: dentro del amplio campo académico (sin fronteras) de las ciencias sociales y humanas existe un sub-campo, una especialidad, centrado en el tópico (o la preocupación por) de las migraciones humanas. Se trata de un nuevo coto de poder caracterizado por su conformación reciente y su aún nimia grado de institucionalización⁴ donde los primeros investigadores inmigrados a él se han hecho del control real y simbólico de los escasos recursos en disputa ahí y ocupan posiciones altas y prestigiosas. Al igual que Bourdieu en *Homo Academicus* (1984) se antoja realizar una prosografía (estudios biográficos) de las principales figuras académicas que representan y hablan en nombre de los estudios migratorios. La relativa novedad de este campo por cierto muy acotado permitiría, tal vez, acertar sin mucha demora el carácter pertinente de esta hipótesis sobre la construcción de un nuevo campo de dominación mediante el argumento de la producción y aplicación de un conocimiento especializado. Dicho de otra manera, un campo nuevo es siempre al principio como una isla desierta tan solo ocupada por su Robinson Crusoe. Después y poco a poco se va poblando, pero siempre en el entendido de que el o los primeros ocupantes funjan de patriarcas, indicando para los recién llegados el juego y las reglas que acatar para moverse en esa isla. En suma, cada campo construye su propia tradición para estar en él.

⁴ Cabe señalar que España es un país pionero en la materia, mediante la creación en la Universidad de Almería de un Centro de Estudios de las Migraciones y Relaciones Interculturales (CEMyRI), a mediados de la década de los 80 del siglo pasado. Asimismo, existe en Cuba desde 1989, un Centro de Estudios de las Migraciones Internacionales. El caso del Centro de Estudios Migratorios del Instituto Nacional de Migración (INAMI) de la Secretaría de Gobernación (SEGOB) de México es un poco particular ya que, a diferencia de España o Cuba donde se le delega a la academia la tarea y la función de generar conocimiento sobre temas migratorios, en México, dichas actividades se concentran en el seno mismo del Estado a través de brazo fuerte que es la SEGOB, la cual al mismo tiempo alberga el Consejo Nacional para la Población (CONAPO), el cual produce muchos datos sobre esta tesitura y es conocido por haber creado un índice migratorio por cada municipio y estado de la República. A pesar de los contactos e intercambios entre la academia y esta esfera del conocimiento que forma parte del aparato del Estado (coloquios y publicaciones) la producción científica sobre migraciones no deja de ser muy desarticulada, siendo México una tierra mayor para la emigración internacional. He ahí una paradoja entre lo político y lo académico.

En este sentido, “los estudios migratorios” se caracterizan por una distribución inequitativa de los capitales económico, social, cultural y simbólico (que es la síntesis de los tres últimos cuya fuerza de persuasión y control académico trascienden los límites de cada uno) heredados y producidos; y, por ende, suscitan una lucha por los escasos bienes materiales y simbólicos puestos en juego tal como las becas, los financiamientos para investigación, los estímulos (como es el Sistema Nacional de Investigadores con sus rangos que establecen el prestigio de unos y la desgracia de otros) los premios, así como todas las formas de reconocimiento y palmas académicas que afianzan y acreditan la posición que tal o cual investigador ocupa en este juego o permiten que con creces sus ambiciones medren y concreten su ascenso social dentro del escalafón correspondiente a este juego, todo esto siempre en detrimento de otros competidores en dicho campo. Cada campo funciona siempre que se combinen adecuadamente relaciones de fuerza con relaciones de sentido, donde por un lado se obliga casi físicamente a los competidores a hacer tal o cual cosa y donde éstos interiorizan, al mismo tiempo, un sentido, esto es una dirección, para dirigir sus pasos, en el marco del juego social que dispone el campo en cuestión. La obediencia y la convicción son atributos socializantes del agente involucrado en un determinado campo. De ahí que su habitus se va construyendo y moldeando de acuerdo a las relaciones imperantes en el campo.

Asimismo, cada campo social, según Bourdieu, consta de su propio “ilusio” e igual suerte corre el de los estudios migratorios. La ilusio de los estudios migratorios descansa en la especialización reivindicada (cuando en realidad los estudios migratorios son una constelación de aproximaciones disciplinarias que difícilmente dialogan entre sí) para formar parte legítimamente de los estudios migratorios. Sin embargo motiva la construcción, al mismo tiempo, de exclusiones, aceptaciones, jerarquías, reconocimientos y poderes. La ilusión académica por los estudios migratorios y el control académico que subyace a este derrame de representaciones ideales, descansa pragmáticamente en el interés de jugar este tipo de juego, porque se comparte en ese espacio del saber la creencia que vale la pena hacerlo, de acuerdo a una serie de reglas interiorizadas que regulan el juego y sus conflictos y otras que enmarcan el espacio-tiempo de su ejercicio y cumplimiento. Entre ellas destaca la gerontocracia que atribuye respeto, mérito y tradición a ciertos autores considerados como los fundadores del campo de que se trate, y en el caso del estudio de las migraciones es convertir a George Ravenstein (1885) en padre de dichos estudios y a Manuel Gamio (1969) en pionero y guía de ellos para el caso mexicano. En

este sentido tenemos por un lado a investigadores de renombre como Jorge Durand, Alejandro Portes o Douglas Massey en sus respectivos feudos universitarios y por otro a cualquier estudiante que prepara un doctorado cuyo tema tiene que ver directo o indirectamente con las migraciones. Los primeros marcan la pauta para los segundos, gozando aquellos a placer del “Efecto mateo” que describe Robert King Merton (1968) para seguir produciendo, con el pleno auspicio de las autoridades editoriales y universitarias, libros de su autoría o bajo su coordinación, artículos y organizar coloquios, congresos o recibir invitaciones de prestigiosas universidades para ocupar cátedras e impartir cursos sobre migraciones en inglés en español o en francés, a nuevas promesas de la investigación. En dicho campo siempre imperan relaciones de fuerza y relaciones de significado, las primeras compelen los participantes, es decir los agentes, a actuar conforme al orden visible y decible en tanto que las segundas generan una violencia simbólica, cuyo efecto mayor es la autocensura, la imposibilidad de cobrar distancia para propiciar una reflexión crítica.

Todo lo anterior es una descripción al estilo Bourdieu de lo que es un campo social de la academia dedicada al estudio de las migraciones. Todo lo anterior como diría Wittgenstein define un juego de lenguaje conformado de un vocabulario, alusiones, dobles sentidos y reglas correspondientes a una forma de vida: ser estudioso de las migraciones. Todo lo anterior se antoja como una crítica constructiva (que no nihilista) para poner a debate el contenido y la orientación de los estudios migratorios, a través de sus productores que son (somos) los investigadores. Todo lo anterior se resume a un guiño dirigido al libro coordinado entonces por Arturo Warman, Margarita Nolasco y Guillermo Bonfil Batalla donde el blanco era la antropología institucional: de *Eso que llaman antropología mexicana* (1970). Todo lo anterior nos invita a establecer una relación estrecha en la definición teórica de un objeto de estudio con su respectivo campo de conocimiento donde vaciar el fruto y los hallazgos de la investigación y la construcción institucional e institucionalizada de un campo disciplinario dedicado a dicho objeto de estudio. Así pasó, al menos, con la sociología en Francia en tiempos de Durkheim quien tenía frente a él una hoja en blanco donde plasmar el programa de la sociología y donde sentar las bases legítimas de su quehacer científico. Si bien aquello que sucedió con la sociología explicativa y positivista no era cuanto un modelo como un punto de anclaje para orientar la presente discusión, es importante resaltar aquí que existe una brecha considerable entre la teorización del objeto de estudio que son las migraciones y la institucionalización de su

quehacer. Este hecho es particularmente relevante para el caso de España (Checa, 2002: 23). En efecto a partir de su adhesión a la otrora CEE, a mediados de la década de los ochenta del siglo pasado, el Estado ibérico alienta el desarrollo de la investigación sobre temas migratorios, en aras de propiciar adecuadas condiciones para la integración social y escolar de los migrantes y su prole. Para ello ha encargado la universidad de cumplir con esta tarea institucional y epistémica. Asimismo, no hay que perder de vista que dicho impulso corresponde a un sesgo político que tiene que ver con plantear las migraciones internacionales casi exclusivamente en su vertiente inmigratoria y con tal de propiciar mejor condiciones de integración de la población inmigrante, especialmente para atender la escolarización de los menores de edad. Es entonces con el afán de educar a los hijos de migrantes y controlarlos que encontramos los argumentos políticos que orientaron este proyecto de construcción de un conocimiento sobre los fenómenos migratorios en la Península. En el caso de México podemos señalar que en el Instituto Nacional de Migración de la Secretaría de Gobernación existe un centro de estudios migratorios que procura alimentar con datos y reflexiones y orientar hacia un mejor trato para con los inmigrantes el quehacer de los funcionarios de dicho instituto. Sin embargo, la investigación está, en este caso, destinada a su aplicación en programas, proyectos y acciones, lo cual hace de ella una herramienta para políticas migratorias y no una interlocutora frente al Estado para la concepción y definición de las mismas.

Es posible, a manera de segunda hipótesis, que con el paso del tiempo la existencia de un objeto de estudio llamado “estudios migratorios” penda más del lado de las formas institucionales que vinieron construyéndolo en tanto que objeto legítimo de la investigación científica institucionalizada que del lado epistémico y científico, ya que la naturaleza epistemológica de este objeto es su profunda labilidad. Es el objeto común de todas las disciplinas de las ciencias sociales y humanas. Su hilo conductor y su respectivo centro de atención. Como bien escribe Bourdieu (1980) los geógrafos se han apoderado de un concepto que se ha vuelto gran parte su propia especialidad: la región. No hay estudios regionales sin geógrafos o referencias geográficas. La región es sello y coto de la Geografía. Algo similar sucede con los estudios migratorios, la *migrantología*: se han apoderado del lenguaje del movimiento espacial, de su dinámica y de sus lógicas. Todo se ve bajo el prisma de las migraciones, ya sean económicas, políticas, religiosas, culturales (como modo de reproducción de patrones de valores) es decir divididas y estudiadas en tanto que función y funcionalidades de una sola y mismo movimiento que consiste en salir

de un lugar para llegar a otro. Sin embargo las distintas geografías, humana, física o la incipiente geografía cultural, si bien se enfocan de varias maneras en el espacio y su traducción a la región vivida y producida sigue siendo parte de los mismo en tanto que ciencia de la tierra, lugartenientes de la geología. Procuran todas describir las formas de institucionalización del espacio, lo que se entiende a través del concepto de territorio y su territorialización.

Algo distinto sucede para con los estudios migratorios. En efecto, el movimiento de poblaciones es motivo para convocar especialistas de prácticamente todas las ciencias sociales: sociología, antropología, sociolingüística, historia, geografía, psicología economía, desde luego demografía, ciencias jurídicas, etc. Esta situación genera al mismo tiempo fortalezas y debilidades para la comprensión de las migraciones hoy en día: por un lado, significa contar la posibilidad de construir un objeto de estudio cada vez más sofisticado (Calderón, 2006: 44) por la multiplicación de perspectivas que permiten alumbrar cada una de sus muchas aristas y por otro desemboca en la producción de una constelación de interpretaciones cuya compatibilidad epistemológicas y por tanto posibilidad de dialogar entre sí deja mucho que desear. La democratización aparente del tema de las migraciones a todas disciplinas de las ciencias sociales combina sus efectos con la esquizofrenia de las lecturas sobre dicho fenómeno visto a la vez bajo el prisma de la juventud, del pandillerismo y la delincuencia, la etnicidad, la familia, el matrimonio, el género (muchas veces como feminización del estudio de las migraciones), la globalización de la producción económica, la documentación e indocumentación, el transnacionalismo, el racismo, la integración (esto es del control social), los derechos humanos, o la geopolitización de las relaciones entre grupos sociales y personas, entre muchos otros tópicos.

La democratización del interés para con el estudio de las migraciones es parte de la generalización actual del interés por cualquier objeto de investigación (suerte de tendencia actual hacia el trueque e intercambios entre varias disciplinas de sus objetos tradicionales de estudio) en tanto que la esquizofrenia interpretativa descansa en buena parte en el encierre metodológico de los estudios de caso cuyos resultados no trascienden los límites de la comarca observada y el universo migratorio contemplado. Además, muchos de los estudios empíricos sobre migraciones estiran su observación entre dos polos poco compatibles metodológicamente hablando: lugares de origen o salida y lugares de destino. Cada sitio sobre determina las características de los estudios donde por un lado se procura

entender los factores económicos, culturales y emocionales que concurren para la expulsión de la mano de obra y por otro donde el acento está puesto en los problemas de desorganización y reorganización que genera el desarraigo cultural. Por un lado tenemos a investigadores socio-antropólogos de los países periféricos como Jorge Bustamante y por otro se trata de fructificar la herencia de la escuela de Chicago iniciada por William Thomas y Robert Park. Empero sigue siendo punzante preguntarse: ¿qué son los estudios migratorios, dónde inician, dónde terminan y cuál es su meollo si es que tienen uno?

Dicho lo cual esta interrogante parece hartamente ingenua y sin embargo no es tal para quienes nos dedicamos a estudiar, documentar y reflexionar cualitativamente y cuantitativamente sobre procesos masivos que involucran la suerte que corren millones de seres humanos al migrar a otro país o región, pues tiene muchas ramificaciones científicas e implicaciones morales, toda vez que exceptuamos el positivismo institucional que consideraría inútil (y tal vez estúpida) dicha pregunta y vano el esfuerzo correspondiente por atenderla. Más adelante se volverá a tocar este último con tal de sacudir esta postura de su estado de autosatisfacción enajenada en que se ha quedado estancado: abstenerse de preguntarse, de vez en cuando o a menudo, sobre la objetividad de su objeto de investigación es crear una ficción; esto es, la representación de la representación de algo que de por sí es ya una representación, valga la redundancia, producto de representaciones. De alguna manera este artículo ante al positivismo institucional de la rutina burocrático-científica otro positivismo que es de índole epistémico y crítico. Volviendo a la pregunta inicial cabe señalar una primera consecuencia que resulta de esta inconformidad epistemológica, es decir teórico-metodológica, y puede resumirse en pregunta también clave: ¿Existe acaso una teoría general de las migraciones? No, sino varias maneras de enfocar aspectos de ella. Es importante recordar también la deriva que existe entre algunos estudios migratorios y consiste en convertir a las migraciones en un ente (casi) de carne y hueso con capacidad y poder de agencia. He ahí una confusión entre considerar las migraciones como un producto histórico de la acción e interacción de los hombres en uno o varios países y dotar la migración de un poder de causación de los procesos sociales.

En la investigación actual centrada en temas migratorios, todo, pareciera, por decirlo de alguna manera pender de un hilo: no existe a la fecha una definición clara sobre lo que se entiende por migración y migraciones (la forma singular o plural tiene una incidencia para esta discusión), sino que hay varias y múltiples definiciones las cuales son a veces

congruentes o contradictorias entre sí (Blanco Fernández de Valderrama, 2005: 4). Todo depende del enfoque es decir de la disciplina: demografía, economía, sociología, antropología o ciencias políticas. Todo es asunto de sesgo y por tanto produce observaciones e interpretaciones parciales. Lo anterior implica que a la fecha no contamos con una teoría general de las migraciones sino pinceladas teóricas que tan solo atienden aspectos de ellas. Sin embargo hay varios elementos que objetivan la existencia institucional de los estudios migratorios: creación de centros especializados que, a la fecha, constituye más bien la excepción, cátedras para profesores, líneas de generación y aplicación del conocimiento (LGAC) bajo el auspicio del CONACyT mexicano, proyectos de investigación y observatorios del fenómeno, museo de la migraciones (como el otrora museo de Zacatecas o el de Paris) e incluso las entradas y registros en biblioteca universitaria es muestra de ello. Así en la biblioteca de El Colegio de Michoacán, con los ítems “migración”, “migraciones”, “migrantes”, “migrante” e “inmigrante” se accede a más de 900 fichas de libros, artículos y capítulos que versan sobre este temario. Esto es, el lado positivo y construido de los estudios migratorios, una suma de libros y artículos especializados. La principal dificultad para construir una teoría de las migraciones radica en la necesidad de discernir si las migraciones son un objeto de estudio o bien si son una variable entre muchas otras que incide en el desarrollo de procesos sociales, como por ejemplo la internacionalización del trabajo y de los modos de producción o la atención educativa institucionalizada donde se plantea como reto a los estados-naciones el de incluir oportunamente en sus programas a alumnos autóctonos mismos que extra-nacionales. Esta distinción es muy importante porque de ser así, permite decir en qué medida influyen las migraciones en la construcción de interacciones sociales y en el moldear de las organizaciones sociales directamente implicadas en dichos procesos. Cuando las migraciones se consideran objeto de estudio, se pierde de vista su variabilidad y los límites de sus efectos. Y cuando se empeña uno en construir las migraciones como objeto de estudio con su respectiva problemática se les termina construyendo como una entelequia (guiño a Leibniz), como un ente dotado de una capacidad de agencia o en tanto fuerza causal mayor por encima de todo otro tipo de determinación. Al menos la sociología crítica de Pierre Bourdieu permite conseguir este nivel de desglose epistemológico para poner en tela de juicio los fundamentos de una especialidad epistémica.

Consecuencias de las migraciones: el caso de los ex braceros trabajadores mexicanos internacionales

Otro aspecto del estudio de las migraciones, es decir de la gente en movimiento en pos de mejoras económicas, emocionales, sociales y culturales tiene que ver con los efectos que deparan las políticas migratorias, o mejor dicho los programas gubernamentales enfocados en el aprovechamiento de la mano de obra internacional. Dicho de otra manera consiste para el investigador en atender los efectos, costos, impactos y consecuencias derivados de la implementación de dichas acciones. Esta vertiente teórico-metodológica sitúa la investigación sobre migraciones en la finalidad de las mismas, es decir hacia dónde apunta el fenómeno migratorio para con las sociedades locales y los migrantes y agentes oficiales y económicos distintos que participan directamente de lo que se ha dado en llamar “la industria de las migraciones” en tanto producción de prácticas, valores, bienes y servicios.

Un buen ejemplo de ello, es el programa bracero (1942-1964 ó 1967) que devino en una suerte de movimiento social nacional en México y con ramificaciones en los Estados Unidos. Ahora bien, si consideramos el programa bracero como un “evento laboral masivo” existen al menos dos posibilidades para su observación: considerarlo como una historicidad de que algo que sucedió en un momento y contexto particulares o bien, a través de sus manifestaciones actuales que el programa bracero cobra existencia, es decir mediante los efectos que produce y las posiciones que induce entre todos aquellos que tuvieron un papel o una participación en él. Lo anterior remite a artículo del etnometodólogo francés Louis Quéré sobre “hecho y sentido o la dualidad del evento” (2006). En este sentido las migraciones y el programa bracero en especial son ya sea un hecho diacrónicamente identificable u ofrecen un sentido para la acción social, en el sentido que los veteranos que se involucraron en dicho programa interactúan con los efectos del mismo, a través del polémico tema del fondo de ahorro campesino para el cual cada bracero aportó su cuota económica y esfuerzo laboral, durante la implementación del programa y que finalizando éste el dinero y los intereses generados se esfumaron en la ruta bancaria entre Estados Unidos y México. Se trata de una estafa institucional y gubernamental donde apenas a partir del 2005 el Estado Mexicano empezó a asumir parte de su responsabilidad en ello (Schaffhauser, 2009, 2012a y 2012b).

A partir de lo anterior, el estudio de las migraciones, acotadas aquí al acuerdo bracero en tanto que éste es una suma de eventos individuales, parciales y locales o un super-evento, ofrece dos perspectivas para la interpretación de sus consecuencias en la vida de las

sociedades que las producen: la primera consiste en un enfoque histórico que tiende a dotar el programa de un pasado, es decir una densidad e interioridad históricas; y la segunda consiste en actualizar el programa como un evento político contemporáneo. En palabras de Quéré la primera opción tiende a ver y considerar el programa bracero desde afuera, desde un punto de vista ético y la segunda con un evento singular con el cual interactúan distintas clases de sujetos como las autoridades mexicanas locales y federales, los propios braceros, sus familiares, políticos, trabajadores y activistas sociales. Según este último enfoque el programa bracero se convierte en un tema de la agenda política actual sobre cómo atender los reclamos de los braceros y forma parte del movimiento social en general siendo uno de sus componentes local y nacional. Bajo este espectro no solo el estudio de las migraciones se acota a los efectos sociales, económicos y políticos del programa bracero sino dicho objeto de estudio se convierte en un evento, algo que acontece hoy y no en 1942. Ante la magnitud del desafío que representa la construcción de una inteligibilidad (una lectura apropiada) del programa bracero hoy, ya que estamos hablando de una duración 22 años, de más 4.5 millones de contratos y de alrededor de 1.5 millones de migrantes (Schaffhauser, 2009: 75-76), decidí centrarme en un aspecto del problema que tiene que ver con el propio nombre “bracero” no tanto para encerrar la discusión en una reflexión etimológica (braceros en tanto que jornaleros, labrador y es decir quien trabaja con la fuerza y destreza de sus brazos), sino para como una palabra que se usó en un momento para identificar y calificar a la mano de obra agrícola mexicana, a veces en forma despectiva, se ha convertido en un emblema de la movilización de los jubilados defraudados del programa bracero. Esta evolución desvela un efecto inesperado en dicho programa: la fuerza movilizadora de las palabras.

En este sentido los braceros de hoy no son los braceros de ayer, a pesar de que se trata de los mismos sujetos. La diferencia entre ambas identidades tiene que ver con su relación con el programa *historicizado* y donde la memoria de cada bracero y familiar del mismo procura recuperar los añicos de este acontecer vivido en carne propia por un lado y el programa con evento contemporáneo que induce un despertar y una movilización entre dichos veteranos mexicanos migratorios por otro. Dicho de otra manera los braceros nacieron en 1942 a través del nombramiento institucional de su condición laboral y hoy recuperaron la autonomía del uso de la palabra “bracero” que mejor identifica el sentido de su lucha. La semántica del término bracero se vuelve por decirlo de alguna manera

vernácula, próxima a la experiencia actual de estos ancianos quienes muchos viven al día, relegados en el rango social de la tercera edad.

El movimiento bracero tiene varias peculiaridades como ya se ha dicho en materia de luchas y conflictos sociales. En efecto, la unidad mínima que impulsa y legitima el movimiento bracero es la familia. Por lo tanto se trata de un movimiento de familias braceras, más que de un movimiento de trabajadores en sí. De hecho el movimiento obrero sin el respaldo de las familias obreras y la solidaridad que manifestaron las mismas para con la causa obrera, el movimiento no habría prosperado más allá de ser el mero alboroto local de unos cuantos. En lo que atañe al movimiento bracero, esta idea cobra más sentido y relevancia ya que involucra en realidad tres generaciones: el matrimonio bracero, sus hijos y en varios casos hasta sus nietos. Este dato empírico es en realidad una tendencia que apunta a una interpretación: el movimiento bracero surge como una protesta familiar propia del medio rural mexicano. El hecho que sea la segunda o la tercera generación quien lleva a cabo la lucha de los braceros es también un indicador sobre por qué tanto tiempo tardó la protesta de los braceros en constituirse en un movimiento.

El movimiento de los braceros tiene aspectos en común con cualquier movimiento social, es decir con lo que ha sido capaz de descifrar e interpretar la sociología. Sin embargo los movimientos sociales de hoy en día distan mucho por sus formas y contenidos de aquellos que marcaron la vida política de los años 60, 70 y 80 del siglo pasado. Como se ha dicho, el movimiento bracero no es la punta de lanza de la protesta social. Manifiesta una toma de conciencia sorpresiva de quienes fueron trabajadores migratorios hace varias décadas. El blanco de sus acciones es el estado por varias razones: 1) porque sigue siendo un interlocutor palpable y asibles para cualquier acción colectiva, a través de las ventanillas de sus oficinas y el ejército de servidores públicos que emplea y 2) porque el Estado Mexicano ha sido protagonista en la firma e implementación de los acuerdos y del programa bracero.

Echaremos mano del concepto de William James acerca de los “nacidos dos veces”. La alusión, a pesar de su fuerza heurística, puede parecer demasiado atrevida ya que existe una brecha muy grande, por no decir un mundo (de espacio y tiempo), entre el William James de *Las variaciones de la experiencia religiosa* (1999 (1904)) y el movimiento de los ex braceros en el México de hoy en día. Por un lado se trata del tema de la fe, de la religiosidad, del sujeto creyente independientemente de la institución religiosa y por otro

de una consecuencia política del programa laboral bracero que devino en un movimiento nacional por los derechos sociales. Las mentes enfermas, atemorizadas y atormentadas, como dice James. La salida al pesimismo, esto es, la duda ante el objeto de la creencia, se concreta en un proceso de reconstrucción de la fe, la religiosidad, que culmina en un segundo nacimiento, momento a partir del cual se despeja el horizonte de dudas del creyente y vuelve a imperar un clima de calma y confianza entre el sujeto y la santa entidad. Los braceros si bien no son mentes enfermas, son personas inquietas y preocupadas por hacer valer sus derechos. Para ello, es necesario que se reconozcan a sí mismos como tales: braceros, esto es, trabajadores migratorios mexicanos.

En este sentido la categoría social del bracero se construye primero en el marco de dichos acuerdos laborales y se equipara a un proceso de etiquetaje social (una marca, un tatuaje o un estigma), un constructo institucional, político e internacional. Ser bracero equivalía a ser calificado por fuera, es decir por las instituciones que decidieron y llevaron a cabo el programa bracero. Este etiquetaje culminó el ciclo de inserción del jornalero mexicano en el mercado laboral norteamericano: situación social vuelta condición economía terminando en una categorización laboral. En este sentido, los gobiernos mexicano y norteamericano han sido los principales artífices de esta construcción social. Es, además, una manera de refrendar la migración entre ambos países de consagrar la división internacional del trabajo y ratificar el nuevo orden mundial que resultó después de finalizar la segunda guerra mundial. Muy a pesar suyo todos aquellos jornaleros agrícolas de Michoacán, Guanajuato, Zacatecas y otras entidades involucradas en esos acuerdos se transforman en braceros, brazos para el campo norteamericano, bestia de carga para la economía norteamericana.

Después de la conclusión del programa bracero, inició un periodo de aparente silencio pero que en realidad dio lugar a intranquilidad, enojo y depresión entre las filas de los braceros culminando en un brote de protestas, impugnaciones y reclamos desordenada. El ordenamiento de esta oposición traduce lo que llamaría el segundo nacimiento de los braceros no como sujetos contruidos, es decir heterónomos, como diría Castoriadis (1983), sino de modo autónomo como la formación de un grupo social en proceso de auto-identificación, esto es, de re-apropiación de su memoria individual y colectiva. Este esfuerzo implica una re-apropiación de la palabra “bracero” con la cual habían sido construido como colectivo alrededor de 1.5 millones de trabajadores agrícolas mexicanos. Hoy día, dicha palabra no es tan solo un concepto histórico que da cuenta de lo profundo de

los procesos migratorios que unen las suertes económicas de México y Estados Unidos, sino que se ha vuelto un valor cuyo legado lo realiza el movimiento de los braceros. Su uso posibilita una doble integración: la del grupo bracero como formación social integrada y otra que legitima el papel y el lugar de los braceros como componente social de la sociedad mexicana hoy en día. Por lo tanto el movimiento de los braceros marca el surgimiento en el escenario político mexicano de un nuevo actor social con varios rostros: el retorno del campesino de la época revolucionaria, el migrante y el anciano.

Nacer dos veces es la suerte que han corrido los braceros: primero como fuerza de trabajo avasallada a intereses y lógicas internacionales y segundo como ciudadanos de pleno goce que abogan por el reconocimiento de sus derechos sociales. Los primeros insertaron a México en la economía mundial, los segundos lo colocaron frente a los retos que constituye la construcción de una cultura democrática. En este sentido ni el gobierno norteamericano ni tampoco el mexicano, pensaron en los efectos sociales y políticos que iba a causar, décadas después, la reapropiación de la palabra “bracero” que coloquialmente habían empleado para etiquetar a trabajadores agrícolas migratorios. Con todo no tenían presente el aforismo de Wittgenstein quien advierte: “Las palabras son como actos” y tampoco la idea que el lenguaje de las migraciones, al igual que cualquier otro, tiene también una dimensión performativa.

Comentarios finales

Ante todo lo anterior quisiera dejar constancia de un esfuerzo, un granito de arena, por re-direccionar el sentido de los estudios migratorios al proponer una definición que opere no como cierre categorial o problemático (como si uno pudiera definir de antemano y de una vez por todas el problema aferente al objeto de estudio llamado migraciones) sino como punto de partida para la investigación entendida ésta como exploración de una distancia entre lo conocido y los desconocido. Lo que a continuación comparto es tan solo un letrero plantado en el camino que traza el rumbo de dicha investigación.

En lenguaje crudo y tendiente a describir las cosas desde afuera para decir como son, se puede plantear que las migraciones (nacionales o internacionales) son la relación entre dos variables siendo la primera el espacio transformado en territorio con “zonas atractivas” y “otras deprimidas” (con la presencia eventual de zonas intermedias) y la segunda una

población determinada, es decir con características heteronómicas específicas⁵ no esenciales sino coyunturales⁶, que representa siempre un sector minoritario de la población total y cuyo desplazamiento, es decir su ir y venir, se realiza entre ambas regiones. Dicha relación es una correlación a nivel estadístico y una interacción situada a nivel empírico por lo que no se puede inferir que una variable cause estrictamente el comportamiento de la otra. La dimensión interpretativa (es decir el conjunto de lecturas abigarradas sobre las migraciones por parte de lectores variados tales como políticos, economistas, migrantes, trabajadores sociales, activistas y científicos sociales) de dicha relación constituye el espesor diacrónico a través del cual el objeto de estudio “migraciones” cobra interioridad y por tanto profundidad. Esta definición minimalista y general es abierta, en el sentido de que constituye una indicación para la definición de un programa de investigación que explore las distintas facetas de los procesos migratorios, a través del estudio de sus formas sociales y culturales, su funcionamiento como maquinaria institucionalizante de prácticas y valores sociales y como finalidad correspondiente a proyectos individuales y colectivos. Como decía Wittgenstein con respecto a su primera filosofía – la de *Tractatus Logico-Philosophicus*- esta definición es una escalera que permite subir para ver desde arriba los problemas relacionados con el campo de los estudios migratorios logrando así extraerse del contagio de las muchas narrativas sociológicas y antropológicas sobre migraciones que han terminado por provocarnos una suerte de embrujamiento de nuestra reflexión crítica.

El estudio de las migraciones tiene un epicentro que consiste en la observación multisituada y multidocumentada al estilo de Thomas y Zaniecki (y Goffman tal vez) de las trayectorias migratorias que permiten hacer comparecer situaciones del migrantes y su familia tanto allá donde trabaja como acá donde nació y creció y dejó testimonios familiares de su existencia. Este epicentro abarca lo que llamaría el funcionamiento social y cultural de las migraciones. Su contenido tiende a ser descriptivo y monográfico, así como puede ser demográfico y cuantitativo dependiendo de los enfoques y de lo que se

⁵ Se refiere a criterios, conceptos y rasgos atribuidos desde afuera, es decir desde posturas políticas, institucionales, sociales y científicos que convierten a los migrantes en “otros”, siendo su desplazamiento la característica principal por no decir esencial de su otredad. Dicha heteronomía oscila entre la imputación de caracteres generalmente relacionado con un tipo ideal de la mano de obra (dócil, aguerrido y curtido, disponible, fuerte, de mucho aguante, etc.) y la carencia de otras que se sintetizan en el problemático concepto de pobreza.

⁶ La calidad de migrante (o emigrante e inmigrante) es una construcción social que delimita prácticas situadas. El migrante no es una categoría identitaria para el propósito de las ciencias sociales aunque sí tiende a serlo para fines políticos y electorales (xenofobia y nacionalismo) y económicos (pauperización de las clases trabajadoras). Dicho de otra manera el migrante no un “ser” sino un “estar en”.

quiere arrojar a partir de la observación de dichas trayectorias. El reto metodológico consiste en captar y capturar el movimiento. Alrededor de este epicentro encontramos las formas sociales y culturales sobre las cuales se asientan las trayectorias migratorias y tienen que ver tanto con la sociedad receptora como con la sociedad de origen, sin dejar a un lado la observación de las sociedades intermedias por dónde se construyen dichas trayectorias. La hipótesis sobre esta articulación entre formas y funcionamiento de las migraciones consiste en inferir que los argumentos, razones y determinaciones que guían las trayectorias migratorias se originan en las formas culturales y sociales, a través de las instituciones, las mentalidades y las experiencias anteriores plasmadas en prácticas sociales y culturales que orientan la mirada hacia fuera y predisponen las decisiones de ir a probar su suerte en otra parte. Sin embargo, no se trata de decir que las formas determinen las trayectorias sino que, bajo ciertas condiciones que la observación directa puede establecer, existe una relación de estimulación que va de aquellas hacia éstas.

Por último encontramos la finalidad de dichas trayectorias sin que sea exclusivamente la búsqueda y conclusión de un objetivo claramente identificado, sino entendiéndolo como la construcción paulatina de un proyecto cuya principal virtud es su plasticidad para lograr su adaptación a circunstancias y factores externos independientes de la voluntad y del poder del y de los migrantes (Schaffhauser, 2011: 239-241). La finalidad del fenómeno migratorio no se mide en términos normativos de acuerdo a las expectativas del investigador o del migrante sino como el resultado de una experiencia de adaptación a entornos diversos, empezando por el contexto cultural de origen del migrante y el contexto socio-económico de la sociedad de destino. La finalidad del fenómeno migratorio se entiende aquí de manera pragmática, es decir como la distancia que separa lo ocurrido de lo deseado.

En resumen, si bien aparece interesante el explorar la posibilidad de construir una metodología multisituada de las migraciones, ésta tiene que ir acompañada con una teorización multisituada que recoja y articule los tres campos de observación de las migraciones que acabo de señalar escuetamente. De ahí puede surgir tal vez otra manera de diseñar un programa de investigación sobre migraciones.

Bibliografía

Alba, Francisco, Castillo Manuel Ángel y Verduzco, Gustavo, 2010, *Los grandes problemas de México. III. Migraciones internacionales*, 70º aniversario de El Colegio de México, México: Colegio de México.

Besserer, Federico (2004), *Topografías transnacionales. Hacia una geografía de la vida transnacional*, México: UAM/ Plaza y Valdés.

Blanco Fernández de Valderrama, Cristina, 2005, “Movimientos migratorios. Aproximaciones teóricas desde las ciencias sociales”, ponencia presentada en el Coloquio sobre *Ciudadanía e inmigración: políticas de inclusión y políticas de acomodamiento*, Sabadell, España, 4-5 de julio.

Bourdieu, Pierre, 1980, “L’identité et la représentation”, pp. 63-72 in *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, Vol. 35, Novembre.

Bourdieu, Pierre, 1984, *Homo Academicus*, Paris : Éditions de Minuit.

Calderón Chelius, Leticia, 2006, “El estudio de la dimensión política dentro del proceso migratorio”, pp. 43-74, *Sociología*, año 21, núm. 60, enero-abril.

Castoriadis, Cornelius, 1983, *La institución imaginaria de la sociedad. Vol 1. Marxismo y teoría revolucionaria*, Barcelona, Tusquets Editores.

Chapoulie, Jean-Michel, 1992, *La tradition sociologique de Chicago, 1892-1961*, Paris: Seuil.

Checa, Francisco, 2002, *Las migraciones a debate. De las teorías a las prácticas sociales*, Barcelona: Instituto Catalán de Antropología.

Clifford, James and Marcus, George E., 1986 *Writing culture. The poetics and politics of ethnography*, Berkeley : University of California Press.

Durand, Jorge y Massey, Douglas, 2003, *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*, México: Miguel Ángel Porrúa, UAZ.

Gamio Manuel, 1969, *El inmigrante mexicano: La Historia de su vida*, México: UNAM.

Habermas, Jürgen, 1986, *Ciencia y tecnología como ideología*, Madrid: Tecnos.

James, William, 1999, *Las variedades de la experiencia religiosa*, Barcelona, Península.

Marcus, George E. 1998 « Ethnography in/of the World System : the Emergence of Multi-Sited Ethnography. » in *Ethnography Through Thick and Thin*. Princeton : Princeton University Press, p. 79-104.

Mauss, Marcel, 1967 (1926), *Manuel d’ethnographie*, Paris: Éditions Sociales.

- Merton, Robert K.**, 1968, “The Matthew effect in Science. The reward and communication systems of science are considered”, pp. 56-63, *Science* 159 (3810), January 5.
- Portes Alejandro et alii**, 2003, *La globalización desde abajo: Transnacionalismo inmigrante y desarrollo, la experiencia de Estados Unidos y América Latina*, México: Flacso
- Quéré, Louis**, 2006, “Entre fait et sens, la dualité de l'événement” in *Réseaux* n° 139, UMLV.
- Ravenstein, E. George**, 1885 y 1889, “The laws of migration” in *The Journal of the Royal Statistical Society*, Vol. XLVIII, June.
- Schaffhauser, Philippe**, 2012a, “Consecuencias del norte: el movimiento de los ex braceros (1942-1964) como hecho cultural”, 27 p. in Yerko Castro Neira, coord., *La Migración y sus efectos en la cultura*, México: Conaculta.
- Schaffhauser, Philippe**, 2012b, « La force de l'héritage. Sociologie du mouvement social des ex braceros (Travailleurs agricoles mexicains 1942-1964) et ses enjeux », pp. 50-64 in *Trace* 62, CEMCA.
- Schaffhauser, Philippe**, 2011, « La migration clandestine mexicaine comme un crime : commentaires sur quelques effets de la loi SB 1070 de l'État de l'Arizona », 18 p. in *Amnis, revue de civilisation contemporaine Europes/Amériques*, Nú. 10, <http://amnis.revues.org/1106> En línea desde el 22 de noviembre de 2011).
- Schaffhauser, Philippe**, 2009, “L'or des migrants: retraite et dignité pour les vétérans des accords braceros (1942-1964) », 17 p. in Françoise Lestage, *Problèmes d'Amérique Latine*, Numéro 75, Hiver 2009-2010.
- Schütz, Alfred**, 1987, *Le chercheur et le quotidien. Phénoménologie des sciences sociales* (traducción d'articles sélectionnés à partir des *Collected Papers*), traduction par Anne Noschis-Gillieron, Paris : Méridiens Klincksieck.
- Schütz, Alfred**, 1974, *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Thomas, William, Isaac**, 2005, “La definición de la situación”, 6 pág. Trad. de Eva Aladro, *Cuadernos de Información y Comunicación*, número 10.
- Warman, Arturo et al.** 1970, *De eso que llaman antropología mexicana*, México: ENAH.
- Wittgenstein, Ludwig**, 1976, *De la certitude*, Paris: Gallimard.